

el que se nos presenta en esta primera circunstancia de la Misa? Aquel espectáculo sin duda fué mucho mas sensible, porque los objetos exteriores hacen siempre mas impresion en todos los que se dexan conducir por los sentidos; pero mirando con los ojos de la fé uno y otro paso de Jesu-Cristo, me parece en alguna manera mucho mas digno de mi atencion y de mi amor á los pies del Altar, que á los pies del Calvario. Allí iba á consumir con una sola oblacion la salud de los hombres, y aquí se ofrece sin intermision, y se ofrecerá hasta que ponga término á los siglos: allí las hijas de Jerusalem solo fijaban su vista en el hijo mas hermoso y mas sensible de los hombres, inmolado al furor de sus enemigos: aquí veo á Jesu-Cristo cargado con mi cruz, revestido de mis flaquezas, que ofreciéndose para mi redencion quiere conducirme al lugar de su Sacrificio: allí solo se presenta á Israel un objeto de terror y de espanto, y aunque diferentes veces habia dicho que el que quisiese ser su discípulo llevase su cruz, y le siguiese; sin embargo no hay quien quiera subir con él al Calvario

para no verse expuesto á participar de los horrores de su Sacrificio, y así los Apóstoles no le siguen sino de léjos; pero aquí todo me anima y me asegura; nada me espanta en el espectáculo que se me ofrece á la vista: ya no se derrama la sangre de la víctima: ya no me parecerá cruel el Sacerdote que la sacrifica, ni el Pueblo que participa de ella: yo no veré aquel furor sanguinario de los Judíos, y por esta causa exclamaré con la Esposa de los Cántares: Señor, subid al Altar de vuestro amor, y llevadme con vos: yo vuelvo á vos atraído por el olor de vuestros perfumes, es decir, por las virtudes que me habeis enseñado vos mismo: arraygadlas pues en mi corazon, y haced que el temor, la humildad y la contricion me conduzcan á vuestro amor, y este amor á gozaros eternamente. Así sea.

## INSTRUCCION

### SOBRE LOS KYRIES.

PSALMO VI. V. 3.

*Apídate de mí, Señor, porque enfermo soy.*

ESTAS palabras, hermanos míos, son de un uso muy frecuente en la Escritura, y el sentimiento más natural de todo hombre que conoce su miseria, y la misericordia de su Dios. La Iglesia se sirve también de estas palabras en sus oraciones, y son unas de las primeras que dirige á Dios ántes de ofrecer el Sacrificio. No hay un Cristiano que quando se ve agoviado de los peligros y de las aficciones no exclame naturalmente diciendo: Señor, ten piedad de mí; pero decir estas palabras sin penetrarse de los sentimientos que deben acompañarlas, no pro-

ducen el fruto y la utilidad que encierran en sí mismas. Así lo declara Dios por la boca de uno de sus Profetas diciendo: ¿sobre quién echaré una ojeada de compasión y de misericordia? sobre aquel que conociendo su miseria, se cree verdaderamente pobre sin mi auxilio: sobre aquel que á la vista de sus culpas se cubre de confusión, y rompe su corazón de dolor: sobre aquel que meditando atentamente mis juicios y mis justicias, se penetra del temor saludable que deben inspirarle mis palabras. ¿Qué nos dira nuestro corazón si le preguntamos sobre las disposiciones que hasta el día hemos tenido para decir esta oración? Muchas veces hemos dicho con el Sacerdote, y cantado con la Iglesia: *Apídate de mí, Señor*; pero menospreciando el sentido de estas palabras, quizá hemos dicho con frialdad la oración más propia para inspirarnos los sentimientos de compunción y de dolor.

Instruyámonos pues, hermanos míos, de la antigüedad de esta oración, y de los motivos que ha tenido la Iglesia para ordenarla. Esta parte de la Misa

pide con mucha razon que renoveis la consideracion y el respeto: ella está destinada especialmente á la oracion, y se compone del Introito, de los Kyries, del Gloria, del Dominus vobiscum y de la Colecta. Estas diferentes oraciones harán la materia de tres instrucciones muy curiosas é importantes.

La oracion del Introito está formada de algunos versos de un Psalmo, que tiene relacion con los diferentes misterios que expone la Iglesia á nuestra consideracion. Estos versos se cantan por el coro en las Misas solemnes, mientras que el Sacerdote y el Ministro recitan al pie del Altar las oraciones preparatorias. En otro tiempo se decia todo entero, y se repetia muchas veces alternando los dos coros, y ahora despues de haber dicho el Gloria se repiten los versos que se dixeron al principio. Algunas Iglesias conservan todavía el uso de recitarlos hasta tres veces en las grandes festividades, y este uso se refiere al objeto principal de esta oracion, que es el de poner en nuestra boca, ó por mejor decir en el corazon, alguno de aquellos vivos sentimientos que penetraban

á los Santos del Testamento Antiguo sobre la venida del Mesías, porque nosotros esperamos como ellos en esta parte de la Misa que se abran los cielos, y caiga sobre la tierra el rocío fecundo que debe fertilizarla. La disposicion esencial que se requiere en esta parte de la Misa es el fervor, bien sea que cantemos con el coro las oraciones, ó que las recitemos con el Sacerdote.

El coro alternativamente en las Misas solemnes, ó el Sacerdote y el Ministro en las rezadas, repiten tres veces *Kyrie eleison*, que son tres palabras griegas, que significan *Señor, Cristo ten piedad de nosotros*. En los primeros tiempos se decia esta oracion llena de misterios, y casi tan antigua como la Iglesia, para atraer sobre los Catecúmenos la gracia de la justificacion. La Iglesia ha tenido alguna variacion sobre el tiempo de decirla, así como sobre la manera y el número de veces que debe repetirse: en los primeros siglos se decia despues del Gloria; en ocasiones lo dexó á la eleccion de los Ministros; otras decia igual número de veces, *Señor, ten piedad de nosotros, que Cristo, ten piedad de nosotros; y*

ahora repite nueve veces esta invocacion para imitar, como dicen los autores místicos, á los nueve coros de Angeles que bendicen incesantemente la grandeza y la misericordia de Dios. La Iglesia dice tres veces *Kyrie eleison* para honrar al Padre primera persona de la Santísima Trinidad, tres veces *Christe eleison*, para honrar al Hijo, y otras tres para honrar al Espíritu Santo. La Unidad y la Trinidad de las personas estan perfectamente expresadas en esta fórmula: la Unidad, porque cada invocacion particular se hace hasta tres veces para denotar que no es posible honrar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo sin honrar toda la naturaleza divina de estas tres personas en toda su unidad; y la Trinidad por una invocacion especial y particular de estas tres personas realmente distintas.

Esta oracion se canta con un tono elevado, porque ella es en alguna manera el grito del corazon, y la expresion de una alma que está agoviada baxo el peso de su miseria: nuestras repeticiones son otras tantas instancias diferentes que nos inspira el temor de no ser oidos, y la intencion de la Igle-

sia está bastante bien demostrada en el modo cantar esta oracion. Escuchad una reflexion que quizá no habeis hecho hasta el día; pero digna de atencion muy particular. En las misas cantadas el coro empieza con un tono muy baxo, y lo va elevando poco á poco hasta estas últimas palabras, *Señor, ten piedad de nosotros*, que se dicen regularmente con todo el lleno de voz. ¡Qué útil nos seria, hermanos míos, aumentar nuestros sentimientos á medida que levantamos la voz, de manera que cada una de estas invocaciones añadiese alguna cosa á nuestro fervor! El ciego de Jericó, quando la turba queria imponerle silencio, levantaba mas el grito, y decia: Jesus, Hijo de David, ten misericordia de mí. Imitemos nosotros un exemplo tan poderoso, y echemos á un lado las ideas y las distracciones importunas que vienen á turbar nuestra oracion; y si ellas todavía son tenaces, resistámoslas valerosamente repitiendo estas palabras, *Señor, ten piedad de nosotros*.

La Cananea nos ha dado una muestra del valor de la oracion. Jesu-Cristo para probar su fe, se hace al pa-

recer sordo á sus deseos; pero ella no se detiene sino que clama mas vivamente diciendo, Señor, ten piedad de mí; y su constancia y su fe la consiguen la gracia que pide, y la merecen un testimonio á que no se consideraba acreedora. Imitemos nosotros esta fe tan pura: si Dios calla por un efecto de su justicia, avivemos nuestra confianza, y penetrados de nuestra miseria, asegúrenos en la dignidad de Jesu-Cristo nuestro Redentor, por cuyo medio nos dirigimos á Dios y Padre y digámosle con grandes voces: *Cristo, ten piedad de nosotros.*

Demos á esta oracion toda la extension de que es susceptible, y reflexionando sobre cada una de estas invocaciones particulares, veamos si podemos excitar nuestro fervor aplicándola á los atributos principales de las tres personas de la adorable Trinidad.

Invocamos á Dios Padre como á nuestro Criador, y le decimos con su Profeta: Señor, Vos nos habeis formado del limo de la tierra: Vos conoceis toda nuestra fragilidad, nuestras imperfecciones y defectos. Nosotros tambien, Dios mio, los conocemos, porque quan-

do queremos ofrecer nuestros respetos y adoraciones, sentimos allá en el interior de nuestro corazon un peso que no nos dexa levantar de la tierra: un yugo pesado, como lo habeis dicho por uno de vuestros siervos, se dexa caer sobre la obra de vuestras manos. No deberemos en este estado clamar desde lo íntimo de nuestra miseria y corrupcion, diciendo: *¿Señor, ten piedad de nosotros?*

Invocamos á Dios Padre como á nuestro conservador, y le decimos: conocemos, Señor, que por un milagro hemos salido de la nada, y que otro milagro continuo nos está sosteniendo para no volver á entrar en ella. Todo quanto nos rodea amenaza los dias de nuestra vida: todo en nosotros y fuera de nosotros es un principio de destruccion: si vuestra mano no bendice el pan que nos alimenta, y el ayre que respiramos, aquí mismo encontraremos la enfermedad y la muerte: si esta mano poderosa no aparta los peligros y los riesgos de que estamos rodeados, ¿quién podrá evitar nuestra caída? Pero todavía en el órden espiritual reconocemos otra conservacion mucho mas

preciosa, porque en ella se interesa el alma que es el mayor bien entre todos: la gracia siempre está pronta á salirse de nuestro corazón como de un vaso fragil y quebradizo, como de una tierra abierta por todos lados, y atemorizados con tantos peligros no exclamaremos diciendo: *Señor, ten piedad de nosotros?*

Invocamos al Padre baxo esta misma qualidad que se ha dignado tomar para nosotros por un efecto de su bondad; y este nombre solo es un título poderoso de confianza, y para este Señor un motivo de conmisericordia. Sí, él es un Padre que conoce nuestras necesidades, que escucha nuestras oraciones, y que penetra las simples preparaciones del corazón: sí, él es nuestro Padre; pero de unos hijos ingratos, indóciles y desnaturalizados, que abusan de sus socorros y sus gracias, que desconocen sus consejos y sus preceptos, que menosprecian sus inspiraciones: sí, él es nuestro Padre, y por esta causa nos castiga, nos aflige, nos abate y nos humilla; pero nosotros somos hijos rebeldes, que le detestamos, y que murmuramos de la mano que quiere

probarlos. ¡Ah! ya que nuestra conducta es tan depravada y viciosa, no deberemos clamar de todo corazón diciendo: *Señor, ten piedad de nosotros?*

Invocamos al Hijo en el momento del Sacrificio, como el Pontífice escogido por el Eterno Padre, y que vestido de la naturaleza humana, conoce todas sus enfermedades: como un Pontífice compasivo que no necesita ofrecer por sí mismo, ni solicitar la remision de sus propios pecados, sino que se ha hecho en alguna manera propios y personales los de todo su pueblo, á fin de compensar con su santidad esencial las ofensas que ha recibido su Padre: como un Pontífice apartado de los pecadores; pero que sin embargo vive con ellos, que conversa con ellos, y participa de todas sus miserias sin participar de su corrupcion. Este es el que invocamos, como el Cristo, el Ungido del Señor, y á quien pedimos con repetidas instancias la indulgencia y la misericordia.

Invocamos al Hijo como víctima, esperada por tantos siglos, para subrogarse en lugar de las víctimas carnales que por sí eran insuficientes para

obrar la reconciliacion: víctima que reune en sí todos los méritos que las otras hostias presentaban solo en figura: víctima al mismo tiempo de propiciacion, de expiacion, de impetracion, y de accion de gracias: víctima en que nuestra indigencia halla todo quanto necesita, y nuestra dependencia todo lo que debe á Dios; de manera que si nos presentamos á los pies de sus Altares con las manos vacías de los dones que debiamos presentarle, encontramos en Jesu-Cristo ofrendas dignas de su grandeza, objetos los mas propios para mitigarle, y méritos los mas capaces para que tome interes en la miserias nuestras. Por tanto levantamos la voz, y decimos: *Cristo, ten piedad de nosotros.*

Invocamos al Hijo, como un hermano nuestro; pero no como un hermano envidioso, orgulloso con su primogenitura, que mira su propia sangre con desprecio, y la herencia del Padre comun con un deseo y una codicia insaciables: el hermano que tenemos por el Sacramento de la adopcion, no se desdén de llamarnos por este nombre, ni se avergüenza de que nosotros le lla-

memos, ni tampoco quiere usurparnos el derecho de llamar á Dios nuestro Padre, ni que dexemos de considerarnos herederos de su reyno, y coherederos de su Hijo: él es el Primogénito, el Xefe de los predestinados, el heredero presuntivo de quanto existe; y si es zeloso de todos estos títulos, solo es para dividirlos con nosotros. ¿No tendremos pues sobrado fundamento para decirle llenos de confianza; *Cristo, ten piedad de nosotros?*

Invocamos al Espíritu Santo como el Santificador de nuestro corazon. Desde el instante en que su uncion nos ha marcado con el sello de la adopcion, se ha abierto para nosotros el tesoro inefable de la gracia. En la Confirmacion nos ha sido dada la plenitud de los dones de Dios: todas nuestras buenas obras en el orden de la salvacion nacen de este principio: él mismo ha formado en nuestro corazon todos los buenos pensamientos: nuestra voluntad, nuestros deseos, quando se conforman con la voluntad divina, son movidos por este Espíritu; y la Víctima misma que va á inmolarse sobre el Altar, saca de su seno el fuego que

debe consumirla. Espíritu de santidad, de caridad y de luz, abrasa nuestro corazon, purifica nuestras manchas con el fuego de tu amor; ablanda un corazon mas duro que las piedras y los metales con la fuerza y la vivacidad de tu fuego; calienta con esa llama divina un corazon frio y lángido. Estos prodigios serán para nosotros una prueba de la compasion y de la misericordia que imploramos.

Invocamos al Espíritu Santo como el consejero de nuestro espíritu. El es á quien debemos consultar en todas las empresas, y preguntar en las dudas; su luz es la que nos hace conocer y discernir lo que es santo, lo que es justo, lo que es loable; él es quien puede preservarnos de los escándalos; él es quien puede ilustrar nuestros pasos y desviarlos del camino del pecado; en fin con este Espíritu podemos decir con el Profeta que somos mas sabios que los ancianos; esto es, que aquellos que hemos tenido por maestros en la ciencia de la salud, y quanto mayor es nuestra ignorancia, debemos exclamar con mas fuerza diciendo: Señor, Dios de toda luz, ten piedad de nosotros.

Finalmente el Espíritu que invocamos es el Esposo de nuestras almas. En este miserable destierro que debemos considerar como una verdadera viudez, nos visita este Esposo de tiempo en tiempo; pero mas particularmente en el momento del Sacrificio, donde va á formar para la Iglesia hijos nuevos, corazones nuevos y almas del todo nuevas. ¡Oxala que participemos de esta consoladora renovacion! Divino Espíritu, haz que este Sacrificio renueve nuestra fe de manera que las tinieblas del error no puedan apagarla; que avive y fortalezca nuestra esperanza de suerte que no puedan alterarla quantas miserias y males hay en la tierra; y que nuestra caridad sea tan fervorosa, que nunca sienta la indiferencia con relacion á Dios, ni el aguijon del resentimiento con el próximo, ni la frialdad y el abandono de nuestras obligaciones. Muéstranos, Divino Espíritu, la terneza y la conmiseracion de un esposo que compadece nuestras flaquezas.

Estas pocas palabras bastan para indicar á un Cristiano ilustrado por la fe, y animado por la caridad, las dis-

posiciones que deben acompañar á esta oracion, y para enseñarle á sacar de ella los frutos que encierra que son el auxilio permanente de Dios en el tiempo, y su gloria en la eternidad. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

EL GLORIA IN EXCELSIS.

EVANGELIO DE SAN LUCAS, cap. 2. v. 14.

*Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.*

LA Iglesia uniendo siempre las alabanzas con la oracion consagra todo este cántico para darselas á Jesu-Cristo, que se hace nuestra víctima en el Sacrificio de la Misa. Entonado primero por los Angeles, y adoptado despues por los Padres de los primeros siglos, es ahora general en toda la Iglesia, y hace una parte de la preparacion del Sacrificio, con el fin de acordar á los fieles la grandeza, la santidad y la ca-

ridad de la Hostia, que se va á ofrecer por su salud. No intento, mis hermanos, explicaros largamente cada una de sus palabras en particular, porque teneis libros sólidos y católicos donde podreis satisfacer vuestros deseos; pero siguiendo el órden que me he propuesto en estas instrucciones, examinaré los motivos que influyen para respetarle, y los que pueden inspirar el deseo de conocer su espíritu en toda la extension posible. Quando se trata de las diferentes partes que componen nuestros Divinos Oficios, temamos siempre que la costumbre no degenerare en rutina, y que nuestra imaginacion no se distraiga de unas prácticas tan propias para despertar nuestra fe, y abrasar nuestras almas.

Así como es difícil determinar el tiempo en que la Iglesia empezó á usar de este cántico, es fácil penetrar las miras que la determinaron á recitarlo ántes de la celebracion de nuestros santos misterios. Muchos autores fixan la época de este establecimiento en los tiempos Apostólicos; pero el mayor número lo refiere al segundo siglo. En aquellos tiempos no solo se hacia uso

de él en la Misa, sino que, segun reconocemos en muchos lugares, era una de aquellas oraciones que decian las mugeres Cristianas en la mañana, sin duda para traer á la memoria al despertarse el dulce consuelo, que experimentaron los Pastores de Betlen, quando los Angeles viniéron á anunciarles que habia nacido su libertador. ¿Pero no seria muy conveniente el renovar en las easas este uso, ó á lo ménos meditar esta oracion durante el tiempo que ha consagrado la Iglesia, para hacernos á la memoria este acontecimiento precioso? Esta santa costumbre seria ciertamente poderosa para enseñar á los fieles á meditar con mas atencion unas palabras, que se dirigen á renovar nuestro amor, y nuestro reconocimiento á Jesu-Cristo.

Este es el objeto que se ha propuesto la Iglesia, dando un lugar á este cántico entre las oraciones que sirven de preparacion para el Sacrificio; y aunque por espacio de mas de ochocientos años nadie sino el Obispo podia decirle, despues gozaron de este privilegio por una concesion especial algunos Sacerdotes; y Ordenes religio-

sas, particularmente en las fiestas principales, como por exemplo la Natividad, la Resurreccion, y otras: permitió por último que siempre que sus Ministros subiesen al Altar, pudiesen dirigir á Dios, en nombre de los asistentes, una alabanza tan propia para disponer sus corazones á todos los sentimientos que exige el Sacrificio. Pero como ella solo respira una santa alegría, ha dispuesto asimismo la Iglesia que se omita en los dias de penitencia que estan destinados á recordarnos la guerra que Jesu-Cristo ha hecho al pecado, y la que debemos hacer segun su exemplo á nuestras pasiones mortificando los sentidos. En efecto estos dias no le parecieron propios á esta dulce Madre para hablarnos de una gloria, y de una paz, que nuestros pecados turban con frecuencia; ¿pero acaso hemos pensado alguna vez hacer de la privacion de este cántico un objeto de mortificacion? ¿Tanta ha sido nuestra sollicitud para recitarle? ¿Por ventura hemos llorado al vernos presisados á callar sobre la excelencia de las qualidades de Jesu-Cristo para con nosotros? Si quando la Iglesia le sus-

pende nos hiciésemos justicia, ¿no deberiamos mirarnos como hijos que arroja de sí un Padre irritado? Deberiamos llevar las señales exteriores que nos caracterizan como sus hijos? En adelante, pues hermanos míos, elevemos nuestros corazones quando el Sacerdote eleve las manos para recitar este oración: quando él levanta sus ojos al cielo, levantemos nosotros nuestras almas, y quando junta las manos, como para apoderarse de la heredad, debemos con el deseo abrazar los bienes eternos. Este es el sentido y la idea que nos dan del Sacrificio que se va á ofrecer las ceremonias de este cántico, *gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Esta union de la gloria y de la paz, que es todo el fruto del Sacrificio de la Misa, es el cumplimiento de aquella profecía de David, que dice: *se encontraron la misericordia y la verdad, y se besaron la paz y la justicia.* En efecto en este Sacrificio es donde se hace sensible esta alianza para reparar las ofensas que el pecado ha hecho á la Magestad de Dios, y para abolir los anatemas que su jus-

ticia habia fulminado contra los pecadores. Dios encontrará su gloria en la obediencia y en la humildad de un Hijo que repara nuestros pecados, y que suple nuestros descuidos; y el hombre encontrará la paz en la union con Dios, restablecida por este Sacrificio; en la victoria sobre sus pasiones que le procura este Sacrificio, y en la posesion de Dios, que le asegura este Sacrificio mismo. Pero consideremos atentamente que esta paz solo se ha ofrecido á los hombres de buena voluntad; es decir, á los que asisten al Sacrificio con una voluntad pronta para detestar, evitar y reparar el pecado; una voluntad contraria á la voluntad propia, que segun la bella expresion de San Bernardo, es la causa única de nuestra perdicion; una voluntad humilde y desconfiada de sí misma, que no tome por resoluciones esos deseos vagos, esos designios pasajeros que nacen en los primeros instantes de fervor, y que se disipan á la primera tentacion.

Este cántico solo debiera estar en boca de los hijos verdaderos de la paz. ¡Oxalá que fuese posible prohibirsele á tantos corazones agitados por la vio-

lencia de las pasiones, dominados por afectos criminales, y llenos de resentimientos y amargura! En los primeros siglos hacia este cántico parte de la Misa de los Catecúmenos; y aunque la Iglesia estableció despues penitencias muy duras para los pecadores, no tuvo por conveniente quitarles el consuelo de unirse con el Ministro que lo recitaba, sin dudo para que les sirviese de instruccion, y les hiciese manifiesto un título, por el qual podrian participar un dia de la oblation de la víctima propiciatoria. Es indispensable por tanto que todos los pecadores lloren las acciones con que han eclipsado la gloria de Dios, y que estudien el modo de restablecer una paz que el pecado ha turbado en su corazon: es preciso que confiesen en presencia del Señor que una voluntad perversa y corrompida les ha llevado al abismo de la iniquidad, y que pidan aquella voluntad recta y sincera que dispone siempre los corazones para el bien, que no hace sino la voluntad de Dios, y que no quiere otra cosa que agradarle, segun se explica el Apóstol. Los homenajes de los pecadores ani-

mados con estas disposiciones, son quizá los mas interesantes, los mas agradables á Dios, y los mas conformes al fin del Sacrificio. Este homenaje está unido con el de los justos que alaban, y adoran, bendicen, y glorifican; que dan acciones de gracias, y forman un concierto digno del Dios á quien se dirigen; de los Angeles que empezaron á cantar este cántico; de la Iglesia que lo ha establecido, y de la víctima que tiene aplicados á él todos sus méritos.

Os alabamos, Señor, porque vuestra justicia, cediendo á vuestra misericordia, quiere ilustrar á los que duermen baxo la sombra del pecado, y vivificar á los que desfallecen baxo el peso de las mas vergonzosas enfermedades; os alabamos porque teneis la bondad de llamar y convidar para el cielo á todos los que por el pecado estaban separados de él para siempre, y sobre todo, porque habiendo aborrecido los Sacrificios de la ley antigua, habeis tenido el cuidado de proveer vos mismo el holocausto en la nueva. Este es, ó Dios mio, el objeto de nuestras alabanzas, de las quales sois vos el principio y el fin.

Adoramos, Señor, al que viene en vuestro nombre, para ser nuestro Sacerdote, nuestra Víctima, y nuestro Rey: adoramos el nombre que quiso tomar desde la eternidad, porque es inefable: le bendecimos baxo el que se ha dignado escoger entre nosotros, porque él es nuestro auxilio: bendecimos, no el día de nuestro nacimiento, que verdaderamente es de maldicion y de anatema, sino el de nuestra regeneracion que nos ha hecho vuestros hijos, las ovejas de vuestro rebaño, los herederos de vuestro reyno, y los asociados de vuestra gloria. Por tanto es muy justo que exálfemos, y celebremos para siempre al autor, y al fin de tantos bienes.

Os adoramos con los Espíritus celestiales que han sido los primeros que han empezado este cántico; y aunque vuestro Hijo se anonadase tomando nuestra naturaleza, adoramos en él al Verbo Eterno, hecho carne en el tiempo: adoramos vuestra imágen, revestida de la figura del pecado: adoramos el esplendor de vuestra gloria, cercado de las enfermedades de nuestra naturaleza, y en fin, adoramos vuestra Sabiduría su-

prema que se ha hecho el objeto de la burla y el desprecio. El profundo misterio de su anonadamiento no es en nosotros un motivo para desconocerle, y así nuestras adoraciones se dirigen á vos, Padre amoroso, que habeis amado el mundo hasta darle vuestro Hijo: á vos, Hijo generoso, que os habeis entregado á los tormentos y á la muerte, solo porque habeis querido, y á vos, Espíritu de caridad, que encendeis el fuego del amor puro que va á consumir la víctima de misericordia.

Gloria, honor, imperio y poder al Dios que está sentado sobre el trono de su inmensidad, gloria al Cordero que se sacrifica sobre el Altar para salvarnos de la muerte del pecado. Nosotros le glorificamos ahora con nuestros canticos, y formamos el deseo de glorificarle en adelante con vuestras obras, hasta que lleguemos á gozar la dicha de glorificarle un dia en la mansion de la eternidad. Nosotros le glorificamos, porque ha vencido á la muerte con la muerte misma, porque ha aterrado con su cruz á todo el poder infernal, y porque ha lavado nuestros pecados con su sangre. En fin le glorificamos como el au-

tor de todo bien, como el principio de todas las gracias, y el manantial de todos los méritos.

Estos son los homenajes propios de un corazon reconocido que quiere corresponder con acciones de gracias, á los beneficios que recibe; y aunque todos estos dones sean inefables, los iguala nuestro reconocimiento, porque las gracias que tributamos van dirigidas por la Víctima Eucarística. Ofrecemos un Dios á Dios, que es el Santo de los Santos desde la eternidad; y así no debemos temer que vuestras ofrendas sean desechadas, ni que sean despreciadas vuestras acciones de gracias.

Vos sois el Señor, el Dios, el Rey del cielo, el Padre de todas las criaturas, el solo Poderoso, el solo Inmortal, y nosotros vamos á ofrecerlos á vuestro Hijo, á quien habeis dado el imperio, porque es Dios como vos; á quien han llamado los Profetas el Dios de la gloria, porque reyna con vos; que participa de vuestra Paternidad para con nosotros, porque nos ha parido por vos sobre la cruz, cuyo poder iguala al vuestro, y se extiende sobre nuestros corazones, manda nuestra voluntad, y

dispone nuestros afectos. El es nuestro Señor, vuestro Hijo único y eterno, nuestro Salvador y vuestro Sacerdote; él es nuestro Señor, nuestra víctima y la vuestra, vuestro Hijo, nuestro hermano, cuyo nombre ha tomado para excitar nuestra confianza, y para que le hablemos sin temor de los pecados que hemos cometido, y que ha tomado sobre sí. Esta hermandad nos da un título para dirigiros nuestras súplicas, que de otro modo hubieran sido abominadas. Esta hermandad es la que nos da el atrevimiento de dirigiros á vos para solicitar las bendiciones de vuestra misericordia.

O Jesus, y nuestro hermano, unidos á ti por una misma naturaleza que te has dignado elevar hasta tu esencia, adoramos en ti un solo Santo: tú eres el solo Señor, á quien obedecemos como miembros sujetos á tu dominación: tú eres el solo Altísimo, á quien adoramos como fuente de toda grandeza, como principio de toda justicia. O Divino Salvador, ya que te has dignado santificarnos con tu cruz, llévanos á esa mansion feliz, para que contemplemos en ella la inefable Trinidad. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

### DOMINUS VOBISCUM.

EVANGELIO DE SAN LUCAS, cap. I. v. 28.

*El Señor es contigo.*

ESTA es la Salutacion del Angel San Gabriel á la Virgen Maria, y este es el deseo que la Iglesia manifiesta por boca del Sacerdote quando se dirige al Pueblo. Hay en efecto una perfecta semejanza entre el ministerio que el Sacerdote exerce en el Altar, y el que desempeñó este espíritu celestial cerca